

## TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

JEAN-MARIE LUSTIGER, *La promesa* (Ediciones Cristiandad, Madrid 2003), 288 pp. ISBN 84-7057-476-0.

Este hermoso libro del Cardenal Arzobispo de París se compone de las charlas que dio a una comunidad de religiosas para unos días de retiro (fundamentalmente meditaciones sobre diversos momentos del evangelio de Mateo) y de varias conferencias pronunciadas (casi todas a lo largo del año 2002) en ámbitos judíos de bastante importancia como el Comité Judío Norteamericano, la Universidad de Tel Aviv o el Congreso Judío Mundial. Pese a la diversa procedencia de ambas partes, el libro de Lustiger tiene una unidad interna y una coherencia dignas de mención, sobre todo teniendo en cuenta que cada parte tiene un interlocutor distinto (en la primera cristianos, en la segunda judíos).

Una idea central de esta obra es la denuncia de un cristianismo que reniega de sus raíces judías y que, haciéndolo, se desnaturaliza y pierde gran parte de su sentido. Este hecho no es hipotético, sino que se ha dado en más de una ocasión en la historia del cristianismo. Cuando pretendidamente se evangelizaba a algunos pueblos, el cristianismo no era consciente de que se estaba paganizando y que estos pueblos estaban, no tanto convirtiéndose al cristianismo, sino convirtiendo a Cristo en uno de sus dioses, más potente si se quiere, más atrayente, más convincente, pero nada más<sup>1</sup>. Desde ahí, el paganismo ha permanecido siempre como una tentación del cristianismo, tentación que no se ha reducido a lo teórico o a lo teológico, al mundo de las ideas, sino que en ciertos momentos ha tenido consecuencias históricas trágicas. Sin ambages afirma el autor que si la Iglesia quisiera expulsar de sí misma a Israel, *estaría rechazando a su Cristo* (p. 104). Por ello, no deja de ser lamentable que la palabra «cristiano» se defina o se haya definido con frecuencia en la historia como opuesta y antagónica a «judío».

A lo largo de la obra, el Cardenal Lustiger hace afirmaciones que para cualquier conocedor del diálogo judeo cristiano (siempre fascinante, pero siempre delicado) aparecerán como audaces y arriesgadas. No nos referimos ya a ciertas interpretaciones exegéticas discutibles o matizables, sino a afirmaciones que pueden, pese a estar escritas con un afecto cordial innegable por ambas tradiciones, herir susceptibilidades. Pongamos dos ejemplos. Lustiger afirma que Auschwitz, macabro paradigma del Holocausto, puede ser interpretado como formando parte del sufrimiento de Cristo (p. 92). Si renunciamos a ello, estamos afirmando subrepticamente que ese ámbito de la realidad, precisamente el más dramático y terrible de la misma, queda fuera de la redención, lo que lleva al absurdo total. Lustiger sabe mejor que nadie que ello no supone «domesticar» o «bautizar» el Holocausto o utilizarlo perversamente, pero este tipo de afirmaciones siempre suscitan reacciones adversas. En sentido contrario,

---

<sup>1</sup> Le habría encantado a Lustiger la anécdota que nos cuenta Beda el venerable en su *Historia eclesiástica gentis anglorum* (PL 95,104) sobre la conversión al cristianismo del rey Edwin y su corte, recogida y comentada deliciosamente por M. YOURCENAR, *El tiempo, gran escultor*, Madrid 1989, 11-18.

Lustiger afirma que todo crimen contra Israel es un rechazo de la elección y es un pecado especialmente grave para un cristiano y supone, en último término, una infidelidad a la gracia de Cristo (p. 207). El antisemitismo no es, al menos para un cristiano, una variedad de racismo, sino una blasfemia contra la promesa y la elección.

Otra idea importante para Lustiger (inspirada evidentemente en la Escritura) es la de que en y a través de Cristo el cristianismo ha accedido a las riquezas de Israel, riquezas que él enumera en una «letanía» a la que dedica un capítulo de su obra, tales como: la Historia Sagrada (no sólo como historia en cuanto tal, sino también en cuanto al sentido mismo del tiempo), la Ley, la Palabra inspirada, la plegaria de Israel con la que nosotros rezamos, la tierra, el reino, la redención y en definitiva la promesa que da título a la obra.

Por todo ello, el cristiano debe volverse con ojos nuevos hacia el judaísmo con lo que entenderá mejor y disfrutará más del sentido mismo de su propia fe. Pero también el judío debe mirar con ojos nuevos al cristianismo. Es necesaria esa «doble conversión», de modo que el cristiano reconozca de forma agradecida los dones que ha recibido de Israel y que el judío acepte gozosamente que los cristianos (a los que el judío no debe incluir sin más de forma indiferenciada en la categoría común de los no judíos o *goyim*) participan de sus tesoros y que acoja las maravillas que Dios hace en ellos. Con esa actitud Israel cumplirá fielmente su vocación universal, su destino y su elección, recordando lo que Dios ya prometió al todavía Abrán en Gn 12,3 (*con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo*). Con esa actitud el cristiano entenderá el sentido pleno de lo que afirma el anciano Simeón cuando levanta al niño Jesús en sus brazos: *luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel* (Lc 2,32). Con esa «doble conversión», el judío vencerá la tentación de *encerrarse en su particularidad y vaciarla, así, de su alcance salvífico* (p. 274) y el cristiano superará la tentación de olvidarse de sus raíces y de su origen *que es garantía de su esperanza* (p. 275).

Otros muchos temas tratados en esta obra pueden ser de gran interés, tanto para el biblista (su concepción del bautismo de Juan o su interpretación del algunos textos concretos), como para el teólogo o para el interesado en el diálogo interreligioso en general o el diálogo específico entre cristianos y judíos. No podemos detenernos en ellos en una breve reseña de este tipo. Solamente debemos destacar que es éste un libro que no dejará a nadie indiferente. El coraje intelectual del autor, su valentía a la hora de afrontar cuestiones espinosas, que no rehuye ni orilla diplomáticamente, y el afecto entrañable que muestra por ambas tradiciones religiosas hacen de este librito una obra altamente recomendable para todos aquellos que quieran acercarse a ella sin prejuicios. Ojalá que libros como estos puedan servir para aceptar y asumir el reto que el mismo Cardenal Lustiger lanza en su obra: *¿Sería utópico imaginar que un diálogo positivo y amistoso entre los cristianos en cuanto cristianos, y los judíos en cuanto judíos, incite a unos y otros a dejar surgir, manteniéndose fieles a sus respectivas vocaciones, un acrecentamiento espiritual cuyos frutos son imposibles de prever?* (p. 260).—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

HUBBERT DEBBASCH, *L'homme de désir, icône de Dieu* (Beauchesne, Paris 2001), 289 pp.

El comienzo del Catecismo de la Iglesia Católica propone el *deseo* inscrito en el corazón del hombre como camino para encontrar a Dios. Al elegir precisamente esa